

*Extracto del libro, de próxima aparición*

# *El presente como historia*

*Experiencias de un  
historiador colombiano*

*Álvaro Tirado Mejía*



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE COLOMBIA

*Rectoría*

Bogotá, D. C., abril 2021

*Extracto del libro, de próxima aparición*

# *El presente como historia*

## *Experiencias de un historiador colombiano*

*Álvaro Tirado Mejía*

(Acerca de Gerardo Molina)

Otra persona muy allegada a la Fundación Santillana para Iberoamérica era el maestro Gerardo Molina, miembro de la junta directiva y asiduo asistente a las reuniones que allí se celebraban, en compañía de su esposa Blanquita, una de las primeras mujeres que asistió a la universidad en Colombia y una de las primeras graduadas en Antropología. Gerardo Molina es uno de los personajes más interesantes de la política y de la cultura en el siglo XX colombiano. A él se le conoce por muchas razones: por sus libros, *Proceso y destino de la libertad*, *Breviario de ideas políticas*, *Las ideas liberales en Colombia* (tres tomos), *Las ideas socialistas en Colombia*, y por sus innumerables conferencias y artículos diseminados en revistas políticas y académicas de Colombia y el continente. Se le conoce también por un aspecto muy importante de su vida como fue su labor como docente en la Universidad Nacional de Colombia y, muy especialmente, su rectoría en ese centro, entre 1944 y 1948, la cual se convirtió en un hito. Su gestión fue especialmente brillante por la orientación que le dio a la Institución, por las nuevas facultades e institutos que se crearon, por ejemplo la Facultad de Arquitectura en Medellín, que inició labores poco después, y por el establecimiento de nuevas sedes distintas a la de Bogotá, como fue el caso de las sedes de Manizales y



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual

CC BY-NC-SA

Palmira. Durante su rectoría, por primera vez se nombró un cuerpo de profesores de tiempo completo, lo que impulsó la investigación y elevó el nivel de la docencia, y se amplió y enriqueció la planta de profesores con la incorporación de una serie de calificados investigadores y docentes extranjeros que se instalaron en el país debido a la persecución política desatada por el nazismo y el fascismo en sus países —Alemania, Austria, España, Francia y otros— o por la guerra. Así mismo, se recuerdan las dos ocasiones en que fue rector de la Universidad Libre, en la primera de las cuales tuvo que retirarse, en 1956, por la presión de la jerarquía eclesiástica, lo que muestra el inmenso poder que tenía el monopolio de la Iglesia, apoyado por las autoridades civiles del momento. Esa política confesional se basaba en las normas de la Constitución de 1886 y en el Concordato del año siguiente que, entre otras cosas, otorgaba autoridad civil a religiosos y comunidades extranjeras para administrar y gobernar a poblaciones indígenas que habitaban los denominados “territorios de salvajes”. Además, el Concordato asignaba al Arzobispo de Bogotá el derecho de señalar los libros de texto en las universidades. Pues bien, era tanto el poder de estos sectores, que el doctor Molina tuvo que retirarse de la Rectoría, a pesar de que se trataba de una universidad privada, laica por su constitución, liberal y además de origen ostensiblemente masónico. Precisamente, ante un hecho tan protuberantemente arbitrario y abusivo, dos connotados dirigentes conservadores, Belisario Betancur y Diego Tovar Concha, protestaron en su revista *Prometeo*, y expresaron su solidaridad con el profesor Molina, no obstante las marcadas diferencias doctrinales que los diferenciaban<sup>1</sup>.

Por su labor pedagógica, por la claridad de sus ideas y por la forma clara y brillante como las expresaba y difundía, Gerardo Molina se convirtió en la bestia negra de las mentes pacatas, y su acción política en favor de los sectores trabajadores, de los perseguidos y desvalidos le valió la persecución que lo llevó al exilio y a la prisión en algunas ocasiones, sin que nunca se le pudiera comprobar más delito que el de la exposición de sus ideas. Hasta el Vaticano corrió la leyenda de su peligrosidad, que no tenía nada que ver con la violencia. Esto hasta el punto de que, como lo cuenta Germán Arciniegas en sus memorias, en una ocasión, y en su calidad de embajador, paseán-

---

<sup>1</sup> Véase: Tirado Mejía, Álvaro. *Los años sesenta: una revolución en la cultura*. Bogotá: Penguin Random House, 2015, p. 257.

dose con el Papa Pio XII en los jardines del Vaticano, el Papa, que a pesar de sus inmensas obligaciones y preocupaciones, tenía al profesor Molina en la cabeza: "...sin hacer ningún esfuerzo para retener su nombre, me replicó: ¿Pero no cree usted peligrosa la presencia de Gerardo Molina en la Rectoría de la Universidad?"<sup>2</sup>.

Muy joven, a los 24 años, ingresó a la Cámara de Representantes, y durante su vida participó varias veces en el Congreso como representante o senador. Pero lo que lo destaca y le da un perfil propio no fue su asistencia al Congreso en diferentes oportunidades, sino el papel protagónico que desempeñó y la impronta ideológica que marcó. En 1930, se dio uno de los cambios políticos más importantes que ha vivido el país al inaugurarse la llamada Segunda República Liberal (1930-1946), tras una hegemonía conservadora de casi medio siglo que impuso su sello político, cultural y social. El cambio no consistió en la simple sustitución de unos gobernantes por otros. Por el contrario, implicó un impulso a la modernización para que Colombia, con retardo, comenzara a adecuarse a las problemáticas del siglo XX. Fueron cuatro gobernantes los que se sucedieron en la presidencia: Enrique Olaya Herrera, Alfonso López Pumarejo, Eduardo Santos y Alberto Lleras Camargo. El motor de los cambios fue el primer gobierno de López Pumarejo, conocido como la Revolución en Marcha<sup>3</sup>. Pues bien, al lado de una serie de jóvenes brillantes, progresistas y comprometidos, Gerardo Molina participó con perfil propio. Su huella está marcada en las normas constitucionales y legales que consagraron importantes avances en el campo social. Al repasar los más significativos, uno encuentra su participación doctrinaria en los debates constitucionales de la Reforma de 1936<sup>4</sup>, con sus intervenciones sobre la función social de la propiedad, los deberes sociales del Estado, las libertades públicas, de opinión, conciencia, expresión, prensa y otras más sobre el matrimonio civil y el Estado laico. De la misma manera, el pensamiento progresista quedó plasmado en sus discursos durante los debates que dieron lugar a la Ley de tie-

---

2 Cacua Prada, Antonio. *German Arciniegas: su vida contada por el mismo*. Bogotá: Publicaciones Universidad Central, 1990, p. 380.

3 Véase: Tirado Mejía, Álvaro. *La Revolución en Marcha: el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo. 1934-1938*. Bogotá: Penguin Random House y Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2019.

4 Véase: Tirado Mejía, Álvaro y Magdala Velásquez. *La Reforma Constitucional de 1936*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1982. Edición ampliada en dos tomos, en la Colección de Pensadores Políticos Colombianos, Cámara de Representantes. Bogotá, 1985.

rras (200 de 1936); como también en sus posiciones sobre una nueva visión de la educación, incluyendo el acceso de la mujer a la universidad, lo cual era prácticamente vedado. Fueron fundamentales sus aportes durante la discusión de la Ley que reorganizó y dio lugar a una universidad nacional pluralista, científica, moderna, destinada al conjunto de la nación y muy especialmente a la instrucción de los sectores populares (Ley 68 de 1935).

Al finalizar la Primera Guerra Mundial se inició en Colombia un proceso de agitación social, producto de los movimientos campesinos, de las reivindicaciones de los artesanos y en especial de las del proletariado naciente. Este fenómeno, que no era nuevo en Europa o en países como los Estados Unidos, incidió para que paulatinamente estos países fueran modificando sus políticas y legislaciones en el sentido de aceptar y legalizar el sindicalismo, reconocer el derecho de huelga y las prestaciones sociales a los trabajadores. Esta fue la actitud que tomó el gobierno de López Pumarejo, en medio de profundas confrontaciones con los sectores tradicionales agrupados principalmente en el Partido Conservador, pero también en sectores liberales y en la Iglesia. En esa confrontación, Gerardo Molina jugó un papel fundamental y su acción política quedó marcada por su acercamiento y apoyo a las organizaciones y reivindicaciones de los obreros y los campesinos. Más adelante, aunque con algunas reservas, Molina acompañó al movimiento de Gaitán, actuó con perfil propio en el MRL, y fue miembro importante en movimientos progresistas como Firmes, al cual representó como Concejal en Bogotá. Gerardo Molina fue un hombre de izquierda y por su trayectoria puede considerarse el fundador del socialismo democrático en Colombia.